

Día 15. Eucaristía y lavatorio

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre eterno, que me has llamado para estar contigo, llena mi corazón del fuego de tu Espíritu Santo para que, encendido en tu amor, se vayan formando en él los sentimientos del corazón de tu Hijo amado, Jesucristo.

MEDITACIÓN:

Al adentrarnos en esta meditación, tenemos que hacerlo con el alma descalza, pues nos ponemos ante un gran misterio que jamás abarcaremos. Mirar a la Eucaristía es como mirar el Corazón de Jesús por dentro, entregándose en el mayor acto de amor. Contemplemos a Jesús en este momento cumbre que nos narra san Juan:

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. (Jn 13)

Aquella noche fue una noche de extremos: es el momento en que va a llegar «al extremo» el amor de Dios por los hombres; pero será también la hora en que alcanzará su máxima expresión la ingratitud del corazón humano, que vemos representada en la persona de Judas Iscariote.

Llega este momento supremo que el evangelista describe con tanta solemnidad, y contemplamos a Jesús, Dios y hombre verdadero, como un esclavo a los pies del discípulo que lo entregaría poco después. Podemos imaginar cómo Jesús le miraría a los ojos, no solo compasivo, sino también suplicante: le suplicaría que le dejase lavar no solo sus pies, sino también y sobre todo su indiferencia, su desprecio, su odio, su pecado... ¡Ardientemente deseaba comer esa Pascua con él, y comerla hasta las últimas consecuencias! Pero Judas no bajó... Siguió mirando desde arriba, y la infinita y divina misericordia del Señor resbaló por su corazón endurecido sin penetrar en él, como el agua por sus pies...

Es estremecedor pensar que, instantes después, con el corazón hecho añicos por el rechazo de su discípulo, Jesús volvió a hacer lo mismo. Porque, ¿qué es, si no, la Eucaristía? Y llegó aún más lejos que antes... En el lavatorio, el Maestro y el Señor tomó la condición de esclavo, permitiendo que Judas lo vendiera como tal; pero la Eucaristía supone un abajamiento mayor: todos los hombres de todos los tiempos tendrán ahora ese poder sobre Dios, y más poder aún; de llevarle, traerle, ponerle, quitarle, ultrajarle, despreciarle, ofenderle de mil maneras... Cualquiera de nosotros podríamos ser Judas, y aún peores que él...

Pero ha querido quedarse con nosotros para siempre, porque nos ha amado hasta el extremo, y nos mira desde abajo, como aquella noche miró al que quiso que volviera a ser su amigo. Y hoy podemos nosotros decirle que sí, que sí a todo; y queremos que nos ame, y que nos enseñe a amarle; pedirle que nos lave, nos restaure, nos haga de nuevo si es necesario... Porque sabemos que le necesitamos, que Él es el único que puede dar a nuestra vida su sentido pleno, necesitamos que Él marque nuestro camino y lo oriente cada día hacia sí... Como recuerda el Papa Francisco en la *Dilexit nos*, citando a su predecesor:

Benedicto XVI invitaba a reconocer el Corazón de Cristo como presencia íntima y cotidiana en la vida de cada uno: «Toda persona necesita tener un “centro” de su vida, un manantial de verdad y de bondad del cual tomar para afrontar las diversas situaciones y la fatiga de la vida diaria.

Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo.»¹

Sabemos que la Eucaristía es el único camino posible si queremos que ese centro y ese manantial de los que nos habla el Santo Padre sean reales dentro de nosotros, porque así nos lo enseñó el mismo Cristo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6, 57)²; y queremos unirnos cada día más a Él en el Santísimo Sacramento, pues solo la comunión de su cuerpo y de su sangre pueden fortalecernos en la caridad para llegar a vivir según los sentimientos de su Sagrado Corazón.³

PROPÓSITO:

Jesús, ayúdame a encontrar un tiempo para poder hacerte una visita hoy en algún sagrario y, si es posible, comulgar y, a lo largo de la jornada, vivir consciente de tu presencia real en mí.

JACULATORIA:

Corazón eucarístico de Jesús, sé Tú quién viva en mí.

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n.81

² CIC n. 1391

³ Cf. Cc. Trento: DS 1638